

Biblioteca HISPANIA

Z. ILERA MEDINA

IRIS



Carnicero Hs. Imp.
Valladolid.-1906

UNIVERSITY OF MICHIGAN

LIBRARY

1875

R. 171196



Al culto escritor, al leal
amigo, al impenitente bohemio
Pedro Mourlane Michelena
le dedica este libro

Narciso Vera Medina

Valladolid, Abril, 1906





BREVE PRÓLOGO



Lector: tienes ante tí dos modestísimos prosadores. Uno, oficiando de faraute, va á decirte algunas, pocas palabras, y enseguida--con gran contentamiento tuyo--va á desaparecer de la escena; el otro va á referirte con grata sencillez unos cuentos hondamente sentidos.

El cuento--tú lo sabes bien, lector benévolo--es una difícil composición. Ha de ser su argumento interesante, so pena de caer en lo vulgar; humano, si no quieres que tu imaginación dé á luz un ridículo fanteche; senci-

llo, ó correrás el riesgo de hacerte ininteligible ó difuso. Además exige su exposición una palabra fáeil, un estilo domado y, con frecuencia, una posesión del diálogo trabajosa y difícilmente conseguida.

No creo yo que los cuentos que forman este tomito aunen todas estas condiciones; ni creo que tú, lector, sabiendo que son los primeros que salen de la pluma de su autor, seas tan pedigüeno.

Sí creo, en cambio, que hay en ellos esparcidas, brillantes, espontáneas bellezas.

Ilera Medina que ha vivido en pueblos asturianos y leoneses ha observado su vida y sus costumbres, ha visto sus campos de una manera honrada y objetiva, sin desfigurar aquellas ni estos, ni para poetizarlos ni para empobrecerlos. La pintura que hace del escenario de sus cuentos, es real, está vivida. Alguno de ellos, tiene un argumento conmovedor y nuevo,—así LA DIVA—; otros traen en sus modismos y en su particular modo de decir, el recuerdo de pequeñas aldeas de seculares hábitos y vivir

primitivo, y estos «aires de fuera» son para nosotros, los habitantes de las viejas ciudades, confortables y alegres, nuevos y tónicos.

Yo me he propuesto ser imparcial con el autor de estos cuentos, á quien profeso un afecto sincero y hondo. Conozco sus versos, aplaudidos por Rueda, que pronto verán la luz prologados por una pluma gloriosa, y sinceramente, rudamente, afirmo que tengo más fe en el poeta que en el prosista.

Las bellezas que brillan en estas narraciones—exactitud en la pintura de lugares, originalidad á veces, sentimiento en el fondo y otras que tú, lector, descubrirás de seguro—brillan también en los versos de Herrera, realzadas por una forma fluida, armoniosa, correctísima.

Pero noto que me he colado en el cercado ajeno.

Esto quiere decir que mi misión está cumplida; ahora escuchad al narrador.

A. Torre Ruiz



LA GIRALDILLA ⁽¹⁾

Para el eminente vate vallisoletano
D. Emilio Ferrari

I

Abril sonríe. La luna enviando un cariñoso adi os   las sombras, se esconde tras los penachos. Amanece: la aurora se vislumbra y con ella el inmenso disco de un sol esplendoroso, que remontándose por la bóveda azul, despierta   la naturaleza dormida. Es de día; día hermoso de primavera.

~~~~~

(1) *Giraldilla*, baile tradicional en Asturias.

En primer término, se extiende un bosque de avellanos, encinas y nogales; detrás de él, al fondo, los Picos de Europa, cuyos tonos confusos se difuman en las alturas; á la derecha se destaca un castañar que replegándose en herradura protege al pintoresco valle por el que serpea el caudaloso Sella formando raudal de disueltas esmeraldas, y sus cambiantes, al ser heridos por los rayos solares, producen múltiples reverberaciones semejanado el río, una fantástica culebra de plata. A la izquierda, entre manzanos, se dibuja un sendero que conduce á un *hórreo* (1).

Por él camina una pareja asturiana; ella es rubia como la *boroña* (2), esbelta, pálida, de cutis transparente; sus ojos azules como la flor del loto y serenos como el cielo rebosan alegría y, sin embargo, á veces se percibe en ellos algo obscuro como en las nubes de la tarde.

El aldeano, por el contrario, es moreno, fornido, de frente despejada, de ojos rasgados y negros. Su semblante

---

(1) *Hórreo*, granero sostenido por columnas, que en Asturias lo emplean también para habitación.

(2) *Boroña*, pan de maíz.

refleja cierto brillo lustroso como el de los metales bruñidos; se vé en él marcada la satisfacción de un anhelo íntimo.

Por el sendero avanzan en dirección á la ermita del Milagro; ella, engalanada con sus gargantillas de lazulitas, su vistoso bermejo *dengue* (1) y sus diminutas almadreñas que choclean según anda, primorosamente labradas á punta de navaja. Él también, en traje de fiesta, lleva chaleco de bayeta encarnada, con botones de plata; cubre su cabeza la montera con el pico doblado, sobre el hombro izquierdo lleva terciada la chaqueta y no olvida el garrote cuya correilla rodea á su antebrazo.

Precedidos por casi todos los aldeanos del pueblecillo próximo, en alborozado grupo se dirigen á oír la misa de la romería, á visitar á la Virgen del Milagro.

Ella mira á todos, sonriente; él murmura á su oído *palabruca*s tiernas y dulces y las mejillas de la joven, nacradas como pétalos de azucena, se co-

---

(1) *Dengue*, prenda de vestir, de color encarnado subido, que á manera de toquilla se cruza sobre el pecho.

loran con los tonos encendidos de la grana.

—¡Xuan, qué día el de hoy, *cuántu te quieru, ñé!* (1) exclama ella.

—¡Más yo á tí, *rapaciña* de mis amores!—replica él; y llegan todos al *sagrau* (2) de la ermita, donde les recibe el Tío Vicente que con los carrillos inflados á más no poder, entona *giraldillas* con la gaita acompañado por su nieto que redobla el atabal, y un enjambre de pequeños *mociquines* vitorean á la gentil Milagros.

Al sonar el último *din-dan* en la torre, cesan las risotadas y los vítores, enmudece el bullanguero *fole* (3) y sus postreras notas relozonas y alegres se confunden con el canto de los *flipayares* (4) que impelido por el viento, va á mezclarse también con los cuchicheos de las mil brotadoras lenguas del ramaje en el castañar. Entran en misa.

(1) *Ñé*, palabra del dialecto bable, que significa niño.

(2) *Sagrau*, plazoleta con tapias que circunda á la ermita.

(3) *Fole*, gaita.

(4) *Flipayar*, pinzón.

## II

En la pradera, solo se oyen las carretas que por el exceso de la carga, producen chirridos estridentes al rozar de sus resecoos ejes de castaño, y avanzan por el anchuroso y fértil valle, conduciendo viandas, bebidas y sazonadas frutas.

La animación va creciendo gradualmente y el cuadro ofrece hermoso golpe de vista: aquí, van colocando los obligados puestos de avellanas, nueces y manzanas; allá, tiendas rústicas se construyen apresuradamente, y muestran apetitosas rosquillas, golosinas de melote, jarrillos de barro, variadas figuras para embaucar á los *rapaces*; acullá, aparadores campestres repletos de licores y, especialmente, de rubia y espumosa *sidra*; y acampan también en este ó aquel sitio, vendedores de estampitas, medallas y amuletos.

Todos se disponen á celebrar la fiesta.

Vedlos. Ya salen de la ermita; todos sonrén: las auras primaverales besan sus frentes, saturándolas de un fresquecillo deleitosamente agradable; el suave perfume de la violeta llega hasta ellos, y á Milagros, que va delante, la sa-

luda el *chamariz* (1) con sus dulcísimos gorjeos, sirviéndola de intérprete su Xuan, que la requiebra con frases tiernas y halagadoras promesas.

Todos felicitan á la moza: solo un mozo permanece callado, triste, sombrío, mirando con envidia á Xuan; es Pascual, el *mociquín* más valiente del pueblo; de él dió pruebas en el invierno cuando salvó de los lobos á la madre de Milagros.

Todo respira placer y dicha, menos para él. En el risueño rostro de la que ama, resplandecen los amores; sus ojos azules como la flor del loto y serenos como el cielo, rebosan alegría, y sin embargo á veces se percibe en ellos algo obscuro como en las nubes de la tarde...

Tal sucede ahora: una lágrima se vé brillar en sus doradas pestañas, acaso emocionada por el júbilo, ó bien de compasión hacia Pascual, que absorto la contempla con la barba apoyada en ambas manos, sentado en la tapia del *sagrau*. Xuan lo advierte y frunciendo el entrecejo, dice á su novia:

---

(1) *Chamariz*, ave parecida al jilguero.

—¡Mi alma! ¿Tú quieres á Pascual?

—Non digas esu, ñé; dai mío corazón á otu que non seas tú? Por Pascualillo, non sientu más que gratitud y amistad; yo non tengu la culpa que me festeixe.

—¿Non? Parésme que hoy ha de haber palos; así como así, si non los hobiera non valdría naa la romería.

—Xuan, non lo fagas, porque regañamus.

—Naa, déixame facer.

Y poco después de este diálogo, el alborozado festejo se aleja de la ermita llegando á la pradera donde se diseminan: los mozos dirigiendo sus pasos hacia el *chigre* (1), y las mozas convidadas por Milagros hasta el hórreo, donde se preparan á hacer las *fariñas* (2) que han de almorzar, benditas por el contento, las risas y el candor...

### III

El tortuoso sendero que conduce al santuario, se vé lleno de a'deános que van y vienen: algunos descalzos, otros

(1) *Chigre*, establecimien'o de si'ira.

(2) *Fariñas*, conñtura que hacen en Asturias con harina de maíz, leche y azúcar.

de rodillas, cumpliendo votos que ofrecieran.

En la florida pradera todo es franqueza y bullicio; unos bailan la giraldilla y la *danza prima* (1); otros se ejercitan en el juego del palo y de la barra.

La tarde declina. Numerosas parejas de romeros meriendan, sentados en la yerba, echándose al *coletto* buenos tragos de sidra.

En uno de estos corros disputan Pascualillo y Xuan por quién ha de bailar antes con Milagros.

—Xuan, non sacarás naa en provechu, bailaré una giraldilla aunque te pongas delante.

—¿Y esu lo veré yo sin dai antes una bona paliza?

—Ye darle un disgustu, Xuan; si non quier ella, te la dexu, peru si quier...

—Naa, ya lo veremus— y se separaron.....

Atardecía. El poniente aparecía con celajes de nubes plateadas; suave viente-cillo robaba sus aromas a la mejorana y al abrótnano en floración, aquí y allá

(1) *Danza prima*, baile tradicional en Asturias.



germinaban mil aclaveladas flores; la giraldilla había llegado á su apogeo y todos reían y bailaban con loco regocijo.

Solo un mozo, Xuan, permanece sentado al pie de una encina, mirando de hito en hito á Pascualillo, que chicolea á Milagros; le sigue con los ojos brillantes, extraviados por los celos, no les pierde de vista, y poco después avanza con rostro iracundo, con amenazador ademán, hasta el sitio donde baila la pareja; media un corto diálogo. De repente, un mozo blande con furia su garrote y hiere á un bailaror en la cabeza dejándole en el suelo, inmóvil. Entonces sucede gran confusión: los íntimos del agresor y del herido se acometen, convirtiendo la pradera en campo de Agramante. Toda la gente huye influída por el pánico, y solo una mujer queda al lado del *mociquín* más valiente del pueblo, que yace sobre la yerba respirando con fatiga.

El sol se hunde en occidente y la campana suena á la oración con elegiaco lamento, desvaneciéndose sus tañidos en el lejano horizonte. Arrodíllase Milagros, posa sus labios de amapola sobre una frente ensangrentada, y des-

pués fija sus ojos con indignación en un hombre, que aún tiembla por los celos y la cólera.

—*¡Cobarde!*— exclama.—*Déixame, que con lo mío cariñu han de sanar sus heridas!*

Aquel hombre exhala un sollozo, y avergonzado de su acción, echa á correr á campo traviesa, perdiéndose en el fondo obscuro de una pomarada, como las notas melancólicas del *fole* se pierden débiles y confusas, remedando una queja allá á lo lejos y su eco impelido por las brisas vespertinas, va á mezclarse con los cuchicheos de las mil brotadoras lenguas del ramaje en el castañar...



\* BIBLIOTECA HISPANIA \*

¡ IRIS ¡

## LA TORRE DE LA MASÍA

Para el inspirado poeta, Miguel  
de San Román

Bañada por las tranquilas ondas del Mediterráneo, en la costa pintoresca, se alzaba la masía, de ovinos cimientos y pétreos muros, en tiempos pasados inexpugnable castillo, y hoy casa solariega de un rico hacendado catalán.

La aurora mostraba su faz de plata, y una docena de pescadores faluchos volvían á la playa rebosantes de pesca; en un promontorio, el potente faro lanzaba sus últimos periódicos fulgores á la planicie verdosa, y según avan-

zaba el día, iba cediendo su tarea á ese otro lumínar más esplendente, al gigantesco faro solar, que surgía de las aguas sacudiendo su roja cabellera flotante y luminosa.

Aquella mañana, asomada en una de las ventanas de la torre se hallaba Narcisa; una jovencita de ojos verdes, más verdes aun y más tranquilos que las salobres olas; ornaban su gentil cabeza opalinas trenzas, rubias como hibleas mieles, juguetes de la brisa matinal.

Con avidez contempla las velas hinchadas de las barcas que vuelven; después fija sus inquietos ojos en el cárdeno perfil del horizonte, en la borrosa línea que confunde las vagas azulidades del éter con la verdinegra esmeralda de la linfa; escudriña la lejanía, poco después reprime un grito de gozo: una albescente vela boga hacia la torre, ya llega, es la barca de Gabriel.

Del interior de la masía, salen las dulces notas de un piano; una alborada sentida y honda, grata y jubilosa, difunde sus armoniosos ritmos por la extensión del mar, y sus ecos alegres se extinguen en el granítico acantilado.

En la alborada se refleja el alma de Narcisa.

Por fin calla el piano; el falucho abarloa al pie de la torre, y en él llega Gabriel, gallardo mozo, de rostro bronceado por los vientos y las galernas, de ojos tan negros como las tempestades. Comienza el idilio.

—¿Bien mío, he tardado?—Y acaricia el rostro de la bella con una mirada intensa.

—Tu tardas siempre, mi Gabriel, porque el tiempo que estás separado de mí me parece una eternidad—Contesta con vehemencia Narcisa.

—*Siseta*, (1) lo mismo pienso. ¡Qué triste debe ser vivir lejos de tí, no poder verte, no poder contemplar esos ojos más llenos de esperanza que el mar.

—Me verás siempre, siempre.

—No, *Siseta* mía, no; no podré verte, porque te destinarán para algún rico *hereu* (2), yo soy pobre, mi único delito fué nacer después que mis hermanos; no tengo derecho á ser tan feliz como ellos; es más, tu padre cree, que si yo te amo, es porque me guía un

---

(1) *Siseta*, que es versión catalana de Narcisa.

(2) *Hereu*—heredero.

impulso, el mezquino interés: ¡ma'dito oro!

Confía en mi cariño *Siseta*, yo me haré digno de tí; yo trabajaré noche y día.

—¡Pobre Gabriel! No necesito esa dignidad, la tienes desde el día en que correspondí á tu amor.

—¿De veras? ¿No me engañas? ¿No me olvidarás nunca?

—Te lo juro por esa inmensidad, por ese cielo, por mi madre que desde él nos mira.

Debieron ser francas las palabras de Narcisa, porque el cielo tomaba matices más puros, se azulaba más y más hasta llegar al tono de la turquesa, las rizadas olas se aquietaban entonando su monorítmico himno de amores, y una bandada de blanquísimas gaviotas revoloteaban con ruido, y sus alas semejaban blancas manos que aplaudían el solemne juramento...

## II

Es una noche de Agosto, calurosa y oscura; el faro como inmensa luciérnaga alumbra con espléndidos fulgores la

extensión del mar; lejos, muy lejos, en el invisible horizonte, allá donde se juntan agua y cielo, se perciben varias luminarias: son las barcas que pescan; cada una lleva á popa, sujeta en la parrilla, su pira rojeante de resinoso pino, (en las noches sin luna, la luz artificial atrae á la pesca, especialmente á las sardinas, que caen con más facilidad en las traidoras redes). Domina la bonanza, presagiando afortunada noche...

Pronto cambia el cuadro. Rige el huracán; las hogueras de las barcas se hacen imperceptibles, estalla el trueno, el rayo dibuja rojos arabescos en la obscuridad, olores ozonizados se esparcen por la atmósfera, y las barcas regresan al puerto mostrando á la luz de los relámpagos sus recias cubiertas plateadas...

### III

Las tinieblas se van desvaneciendo; por Oriente clarea, y en el ventanal de la torre, aguarda Narcisa, como el día anterior, la vuelta de su novio; contempla la lejanía, pero después lanza un grito de suprema angustia: es que al

pie de la masía las rumorosas ondas mecen el cadáver de Gabriel...

#### IV

Todas las tardes, cuando el cielo está más puro, cuando se azula hasta tomar el matiz de la turquesa, cuando las aguas se rizan suavemente entonando su monorítmico himno de amores, cuando una bandada de gaviotas con su volar ruidoso, rememoran el falso juramento, asomada en la ventana de la torre se halla Narcisa, la jovencita de ojos verdes; pero no está sola, la acompaña un hombre, un joven de aspecto aristocrático, acaso un rico *hereu*...

Se hablan al oído quedamente, tal vez se dicen apasionadas frases de amor, mientras que al pie de la torre, los chicuelos de aquellas playas del Bajo Ampurdán, se bañan y gritan con voz atiplada.

—*Siseta*, mira, mira qué bien hago el muerto.

Luego, el sol ocúltase en el Poniente, se visten los niños, y arrojan á la idílica ventana sus bermejas barrelinas...





# CARNAVALINA

(ELEGÍA)

Para el pintor AURELIUS

i

Mientras estuvieron juntos, se adoraron; fueron felices; durante la ausencia se escribieron largo tiempo y después dejaron de cartearse...

Pasaron cuatro años; y él, que fué quien dió lugar á la ruptura de relaciones, volvió á escribirle una, dos, seis veces; y ella contestóle con una carta que decía así: «No te canses en escribirme, porque cuantas cartas reciba las arrojaré al fuego. Tu fiel, María».

No pudo olvidarla, quiso saber si la tal fidelidad era cierta y emprendió el viaje.

## II

En el casino se da un baile de Carnaval.

Las más melodiosas y alegres orquestaciones llenan el perfumado y cálido ambiente del elegante salón aristocrático.

Van llegando vocingleras máscaras de abigarrados disfraces, que corren, saltan, gritan, se embroman, desocupan sus coquetonas bolsas de *confetti* y se arrojan serpentinas que cubren el mosaico del pavimento á manera de arabesca alfombra de Rabat.

Yo observo desde un ángulo del espléndido salón.

Allí entra un Pierrot, ríe á carcajadas, mientras obsequia con amables bromas á un grupo regocijado de seductoras hurfes; á través del sedeño antifaz brillan inquisitivos sus ojos emocionados, tal vez iracundos al descubrir, apoyada en el galante brazo de un Mefistófeles, á una mujer adorable,

á una ingrata Colombina á quien ama con locura, con unción de artista.

Persigue á la pareja despertando la curiosidad del baile, que no consigue conocerle.

Ya avanzan hacia donde yo estoy. Pierrot se acerca y oigo sus frases turbadas:

—Encantadora Colombina, ¿te dignarías bailar conmigo?

—Si me dices quién eres no tengo inconveniente en complacerte. —Después se separan dando gritos y riendo.

El baile sigue cual irisado torbellino; cristalinas vocecillas de mujer, arpeggios de orquesta y tintineos cuchicheantes de cascabeles hieren mis oídos; y las luces reflejan en los disfraces con radiosos y fúlgidos destellos que se extienden vibradores por el espacio como risotadas de aurora, como alborozos de niño, como alegrías de fiesta.

Al fin llega el momento; ya van del brazo Pierrot y Colombina, termina el vals y se sientan á pocos pasos de mí: yo, indiscreto, puedo escuchar el diálogo:

—Decías que...

—Decía que á tu lado mi alma goza infinitamente; María, yo te conozco y

eres, mi Colombina, buena. Por eso te amo; veo tus ojos negros que alumbran á la luz, puros como un poema de elegiacos amores, tristes como algo más triste que ya se fué...—Y habló lo que antecede con voz fingida, pero de sentido acento.

—Vamos, díme quien eres, y no te pongas fúnebre, deja esa broma.--Contestaba la máscara, mientras oprimía las manos del payaso, que temblaban por la emoción y la dicha.

—Mía, no quieras saber quien soy; un hombre que te quiere mucho, mucho, que aunque finge la voz no puede hablarte en broma y si tal fuese, sería broma que endulzara mis pesares y que rememorase tiempos que transcurrieron felices para mí. ¿No recuerdas tú mejores días?

—Vaya, no puedo contestarte porque no te conozco. Anda, díme quien eres, que sepa yo con quien hablo...—Y á su decir, ponía mimos y mieles en su vocicilla de plata.

—Con tu mejor amigo, con aquel á quien acaso profeses mayor afecto.

Medió corta pausa. La niña hacía esfuerzos imaginativos por conocer al disfrazado; contemplaba sus castaños

ojos, miraba detenidamente sus enguantadas manos, quiso saber de qué color tenía el cabello, pero á este extremo se opuso galantemente la pierrotesca máscara.

—¿Tu nombre?

—Pierrot, no pretendas saber más; Pierrot que te ama con locura y que desea le correspondas.

—¡Amar!... ¡amar!... ¡Qué tristeza! Yo tuve un novio que parecía muy bueno, pero después se olvidó de mí; por supuesto yo nunca le amé, ni amaré á nadie.

A no tener careta Pierrot, se hubiera visto su palidez.

—De modo que, ¿no tienes novio?

—¡Tener novio! ¡Qué tristeza!-Agregó con inflexión doliente.

—¿Y no me das una esperanza?

—No puede ser; ni al primero que me quiso se la daría. —Y al hablar así Colombina, bajo su aterciopelado antifaz rodó una indiscreta lágrima, que se detuvo temblando en el hoyuelo gracioso de su barba.

Los ojos de Pierrot fulguraron de gozo...

.....

## III

Al siguiente Carnaval, vino también de su lejara provincia, entró en el mismo salón lleno de luces y aromas; vestía el mismo traje, reía á carcajadas y sus risas mezclábanse con las rítmicas notas de los bailables y los chillones decires de los disfrazados.

Yo le observaba, en el mismo ángulo como el año anterior, y en sus risas adiviné algo hondo, algo que me puso muy triste; nervioso, escudriñaba toda la sala, bailaba y embromaba á las máscaras más lindas, pero no pudiendo contener más su impaciencia, vino hasta donde yo estaba, me interrogó, quise ocultárselo, y ante su insistencia cedí y se lo dije todo. Díome las gracias como si le hubiera hecho un gran favor, y después, cuando el baile estuvo más concurrido, cuando el regocijo y la bulla hubieron llegado á su apogeo, yo le ví desaparecer entre la jubilosa mascarada.

Tal vez tomó el primer tren para volver á su provincia, para irse lejos... muy lejos...

## IV

Al día siguiente, al atardecer, regresaba yo de mi paseo cotidiano. El sol besaba moribando las agudas cresterías de las cumbres, el crepúsculo extendíase melancólico por el agreste paisaje, y una calma solemne y apacible llenaba el alma de bienhechor consuelo.

En dirección á la villa marcha la cansada y anta. La encamina un rústico labriego, que canturrea una canción popular.

En la torre tocan á Animas. El mozo cesa en su canción, se descubre, y yo me descubro también al pasar por delante del *pueblecillo triste y mudo*, de blancas tapias, donde yacen los que vivieron en el pueblo de allá abajo, en aquel otro pueblo bullicioso y alegre; oigo el *pío* de un pajarillo invernal y su nota sentida, plañidera, brota de detrás de las paredes; me dirijo á la verja, sí: allí modula sus tristezas, sobre las ramas de un llorón; al pie del tronco blanquea una lápida en cuyo centro se lee: ¡MARÍA!; sus letras brillan humedecidas por el rocío, y junto

á ellas se ven algunos polícromos *confetti*.

—¡Qué profanación! ¡qué sacrilegio!  
—exclamaría el labriego, si los hubiera visto; pero yo que estaba en el secreto, yo que sabía toda la verdad, ví en aquellas perlas de rocío, y en aquellos multicolores papelitos, que semejaban diminutas flores, algo así como una lluvia de lágrimas y besos, un poema de amor y una elegía de infinita pena...





✦ BIBLIOTECA HISPANIA ✦

✦ IRIS ✦

## EL PAÑUELO DE SEDA

Para Isidoro Vergara

### I

Ved el cuadro: Allá en el fondo, cual cíclope de pizarra y de granito, revestida con una vegetación multicolora y lujuriente, álzase la ingente montaña, y en la fimbria de su falda se asienta el humilde pueblecillo, montón de casas blancas cubiertas de pajosas techumbres, bandada de místicas pa'omas que

se acogen al palomar, al viejo templo, de albescentes paredes y picuda torre.

Mucho más acá, destácase la fértil vega, por donde culebrea el aurífero Sil, á la sombra de blanquinosos álamos, y á la derecha y á la izquierda de él, véanse los dorados cuadros de lino y las rientes praderas.

Sirve de marco al paisaje, la inmensa argolla de las montañas, que lo tiene como en una hondonada y lo aprisiona.

Es una tarde agostea. El sol arroja una lluvia de fuego sobre el ameno valle, las auras con sus suaves soplos, incensan el ambiente con olores ora delicados, ora penetrantes, que difunde la salvia y el toronjil, chirría su cantar rasgador una cigarra; emplumecen las pequeñas aves, y las grandes desgranán musicales aljófares en la tupida fronda; las golondrinas van y vienen por el cielo, trazando líneas curvas, persiguiéndose, alegrando el espacio con sus píos.

En el campo palpita la vida. Entre la yerba burbujan rumorosos los cristales de un regato; en ondas azurinas se desparrama por el cielo una alegría franca y triunfadora y en las frescas márgenes del río, oculto en el ramaje

de un cantueso, toca un mirlo su silbo-  
sa flauta pastoril:



Repite una y otra vez el motivo, y se alegran las mieses tachonadas de amapolas, y los prados salpicados de flores; crece la vegetación, vibra con más intensidad el luminoso éter, sisean más dulcemente las hojas, se hace más insinuante el rítmico rumor de los claros riachuelos, y en el campo fecundo, todo es luz, colores, música, armonías...

## II

En un extenso prado, un grupo numeroso de mozos y mozas recolecta la yerba: van, vienen, la rastrillan, la amontonan, atestan las carretas, que después *peinan*, y por último la conducen al *boquerón*.

Trabaja entre ellas, una linda mo-

zuela, pelirrubia, de ojos muy claros, tan claros como el topacio, de tez quemada por el sol, de labios muy rojos, tan rojos como verbenas; graciosa, robusta, esbelta.

Viste un manteo de vuelta, un floreado pañuelo cruza su ondulante y bien formado seno, coralinos zarcillos adornan sus orejas, y sus pies calzan diminutas albarcas de recio cuero.

Se afana en el trabajo, y mira de hito en hito á los mozos, que amables cortejan á las mozas; les escucha con envidia, con dulces delectaciones, y hácese la ilusión de que las amorosas palabras se las dirigen á ella... á ella, que siente anhelos de tener novio... ¡Pero es tan niña!...

Terminan de cargar las carretas, y pasa á caballo el señorito Pepe, el médico, que regresa al pueblo, de vuelta de su cotidiana visita á las aldeas cercanas.

—Buenas tardes señores—Saluda el joven espoleando su jaco.

—Adiós señorito Pepe. Que nos vaya usted á ayudar, ¿eh?—Gritan varias mozas á coro.

—Bueno, bueno, ya iré.—Contesta, y se aleja al trote de su cabalgadura.

La niña rubia, de ojos claros, quédase mirándole boquiabierta hasta que le pierde de vista. Después acarician su mente pensamientos halagüeños, y sueña despierta en algo muy dichoso...

Marchan las carretas por el polvoriento camino en dirección al pajar, y el sol toca los agudos picachos tiñendo de aborrachados matices las cimas de los montes, aburélanse los celajes del Poniente, los grillos comienzan su *gri-gritante* canción, y en el cielo tiembla la estrella de la tarde.

La moza agujijonea á los bueyes, y de cuando en cuando canta:

*Dicen que el querer de un hombre  
vale más que las estrellas,  
yo también eso diría  
si alguno á mí me quisiera.*

En la copla, revela la moza sus deseos y sus íntimas tristezas.

Obscurece cuando llegan al *boquerón*. Diseminanse los mozos para meter la carga, y unos se colocan dentro del pajar y otros fuera.

Armados de *horcas* y *bioldos*, trabajan apresuradamente por terminar la tarea antes de que anochezca; invi-

tan á los mirones transeuntes, á que les ayuden, y en el semiobscuró recinto entran especialmente los jóvenes, más que con la benévola intención de ayudar, con la regocijada de requebrar á las mozas, dirigiéndoles piropos dignos de ser copiados en *vitelianas* tablas, bromas agradables, que luego se truecan en picarescos alborozos y retozantes maquiladas. (1)

A la entrada del pajar, ríen con ingenuas carcajadas los decires de unos y otros, trabajan aprisa, con bríos; y en el fondo, velada por la semiobscuridad y los montones de yerba, trajina una mozuela, acaso la más joven, mientras aspira con deleite las fragancias del heno que invita á vivir.

Jadeante y sudorosa va colocando la yerba en el pajar, pero de repente, nota que unos brazos de prodigiosas fuerzas la oprimen la cintura, que un aliento ardoroso quema su boca, quiere gritar y se avergüenza, pretende

---

(1) *Maquilada*. En la montaña de León, existe la costumbre de levantar á las mozas por la cintura, con objeto de saber lo que pesan.

conocer al que la sujeta y se lo impide la obscuridad, lucha con valentía y sus nerviosas manos golpean varias veces, y arrancan una prenda del cuello de su enemigo; por fin, se acobarda y se rinde...

A la entrada y en el medio del pajar, estallan las carcajadas como himnos de vida...

### III

El señorito Pepe, como le llamaban los sencillos aldeanos, era un joven alto, moreno; en sus facciones se reflejaba la caballerosidad, en su rostro algo pálido, brillaban con fulgor intenso unos ojos grandes, verdes, bondadosos.

Había ido á aquella montaña más que á ejercitar su profesión, á respirar aires puros, que fortificasen su delicado organismo, quebrantado por la vida de placeres que llevara en la Corte. Quería purificar su alma y su cuerpo.

A los pocos meses de llegar al pueblo, enamoróse perdidamente de Mercedes, de aquella mozuela pelirroja, de ojos como el topacio, de labios como verbenas; y prendóse de ella con

tal pasión, que pronto se olvidó de la señorita que dejara en Madrid, para rendir homenajes de amor á la linda montañesa.

Hacía tiempo que la hablaba sin poder convencerla: ella le desairaba siempre, y el médico decidió marcharse del pueblo para no volver nunca.....

#### IV

Se apagaba la tarde. En las afueras, cerca del molino, se encontraron: él, volvía de hacer la visita, y ella, caminaba llevando bajo el brazo una pequeña escarcela con centeno que iba á moler.

—Escúchame, Mercedes. ¿No lo has pensado aún?—Al hablar el médico lo hacía con tal ingenuidad, y ponía en sus palabras tal dulzura, que la moza parecía dispuesta á complacerle, pero después como siempre mostraba su indiferencia.

—Sí, lo he pensado, pero créame usted, no puedo, no debo acceder á sus deseos.—A la niña, se le saltaban las lágrimas, ella también le amaba, pero no quería engañarle.



—Tú me corresponderás, ¿verdad? Sí, sí, lo dice esa angustia con que hablas. Yo te quiero, Mercedes, porque en tí están mis ilusiones, mi porvenir, mi dicha

Quedóse la moza en silencio, como si reflexionara, como si sostuviera con su conciencia una lucha, después contestó entristecida.

—No puedo, no puedo, corresponder á usted, yo le ruego tenga piedad de mí, le suplico que me olvide.

—Está bien.—Dijo con desesperación el médico.—Mañana me iré del pueblo, no quiero sufrir más, pero antes te he de pedir el último favor: dame como recuerdo esa sortija.—Y señalóle una de plata que llevaba la niña.

—No, no le daré esta sortija que fué de mi madre, pero sí un pañuelo que tengo en más estima, un pañuelo de seda que me recuerda una hora muy triste.—Y le mostró la prenda.

—¡El mío!...—Exclamó estupefacto el joven.

—¡Suyo!...—Musitó entre sorprendida y avergonzada la moza.

.....

Hubo una pausa. Palidieron, miráronse con mirada intensa de alegría

infinita y sollozantes se abrazaron con abrazo largo y fuerte como su amor...

Por la lejanía avanzaron las sombras del crepúsculo, y entre ellas, destacóse la nota blanca del amoroso palomar, del viejo templo de albescentes paredes y picuda torre.

El *Angelus* sonó á epitalamio.....

.....





## LA DIVA

(BOCETO DE NOVELA)

Para mi maestro, para el mejor  
Intérprete de FAUSTO, el bajo de ópera  
Narciso Serra Soler

### I

Acariciado por el mar, besado por sus rumorosas ondas, que eternamente lo arrullan con sus cadenciosos conciertos, descansa en las oquedades de una roca el poético *chalet*.

*Villa-Laura*, que así se denomina, es una coquetona quinta de recreo, con amplios ventanales de místicas crista-

lerías, terrazas extensas, abalaustradas escaleras de mármoles preciosos, y enhiesta torre dominadora del mar, esbelta, gentil, fluida, con pizarrosa caperuza teñida de azul, y dorada aguja que se pierde entre las nubes.

Rodea su fachada principal un frondoso jardín: en él hay bosquecillos de agradable umbría, floreteados parreros y macizos, que embalsaman el ambiente con intensas odoraciones de rosal; glorietas desavahadas y exultantes, musicales surtidores, que dejan caer sus frescos chorros en sonantes pórfidos y diaspros; arcadas de naranjos y limoneros; gárrulas pajareras, y diáfanos estanques paseados por vozadores cisnes.

Limita la espalda de la quinta, la eterna y líquida verdura.

Es una tarde luminosa de Junio. Bajo la amable fronda de un cenador galante acaso testigo de amorosas citas, sentados en cómodas mecedoras, y escuchando á los jilgueros que pulen y aljofarran sus cantares, dialogan los ancianos con charla placentera de agolondrinados jóvenes.

Ella y él, son rústicos *payeses*, y diríase á juzgar por el traje que visten,

que eran los jardineros de la finca, y sin embargo son los dueños.

Son dos viejos afables y simpáticos: él, con su cabeza bíblica, en la que como aureola de santo brilla una calva venerable, con su rostro arrugado, en el cual los ojos castaños, que en un tiempo fueron grandes y ahora muéstranse medio entornados por la senectud, reflejan la nobleza y bienhombría y bordeando su semblante, lengua y blanca barba patriarcal; ella, con su cabello nevado, de ébano en días moceriles, con unos ojos negros que no lucen tanto como cuando tenía diez y ocho Mayos, pero en cuyas pupilas siguen anidando el amor y la ternura, y con un rostro aun coloreado por rezagados arreboles de juventud. He aquí al señor *Pepet* y á la señora *Marieta*.

Oigamos lo que hablan:

—*Pepet*, ¿Tendremos hoy carta de Laura?

—No te impacientes, mujer, hace dos días que la tuvimos y ya vuelves á estar intranquila. Se ocupará en estudiar no habrá podido escribir.

—Si, si, pero debiéramos recibirla todos los días, porque para poner cuatro letras siempre hay tiempo. Yo te

aseguro que en cuanto venga, cae prisionera y no vuelve á salir de entre nosotros.

—Tienes razón, *Marieta*, no la dejaremos marchar, ya ha ganado bastante dinero y todo porque quiere ver felices á sus viejos, y no sabe que nuestra mayor dicha sería tenerla á nuestro lado.

—Cierto, cierto, quiere llenarnos de riquezas, y nos priva de la mayor que es su compañía.

—¡Y qué hermosa es! ¡Qué buena! ¡Cuánto talento tiene! Parece mentira que sea nuestra. Por lo de hermosa sí, porque es tu retrato; por lo de buena eres tú tanto como ella; por el talento... por el talento también, porque llevas en el alma un talento muy grande, un amor muy grande que repartes entre los dos. ¿Verdad que nos quieres mucho?—Y al decir el viejo, acaricia con sus cenceñas manos las hebras plateadas de su amorosa y buena compañera.

—Si, *Pepet*, mucho, mucho.—Y luego acercándole los labios al oído, como temiendo que la oigan los pájaros del jardín, añade:—Pero un poquito más á mi *Pepet*.

—¡Quita de ahí, marrullerona! No te creo, la quieres más á ella.

—Bueno, hombre, bueno, pues á los dos igual. ¿Estás conforme?

Y la anciana acaricia una de las mejillas del *payés*.

Quédanse silenciosos por un instante en que se miran con cariño y después vuelven á reanudar el diálogo:

—¿A que no sabes de qué me acuerdo?

—No sé, tú dirás.

—De cuando vivíamos en aquella humilde masía, que alegraba el Ter con sus azules aguas, de aquel florido huerto.

¿Quién diría que ayer fuimos unos *payesotes*, y que hoy estamos en una hermosa finca, en un museo—como dice ella—y que somos unos campanilludos señores? y todo, porque á Laura le dió Dios una voz de angel.

—¡Cómo cambian los tiempos! ¡Cómo rueda el mundo *Marieta!*

—*Pepet*, feliz soy ahora, feliz lo hubiera sido entonces, con nuestro pasar modesto. *La Mare de Deu de Monserrat*, nos mandó la suerte. ¡Bendita sea!...

Un fuerte aldabonazo suena en la verja del jardín, interrumpiendo la conversación de los viejos, que corren á abrir lanzando al aire exclamaciones de gozo.

— ¡El cartero! — Grita un hombre desde la puerta.

Entre la pareja surge una disputa, por quién ha de leer primero la carta, por fin la lee la señora *Marieta*; la misiva dice así:

«Nápoles, Mayo 30, del 190...

Adorados viejecillos: Estoy un poquitín alegre, pero también estoy un poquitín triste; alegre, porque he ganado muchos aplausos y muchas flores, todo para vosotros; triste, porque no os veo, porque no os tengo á mi lado.

Ayer canté *Tosca*, y creo que lo hice bién, porque siempre os llevo en el corazón; la frase: *Ti soffora il sangue?* la dije con verdadera expresión de venganza. ¿Si viérais qué bien canto cuando pienso en vosotros?

Os he dicho que estoy triste, pero pronto tendré una alegría inmensa: mañana parto de esta, para reunirme á mis queridos viejos; mientras tanto, con objeto de besaros antes de que llegue, cuando al atardecer os retiréis del jardín, mandad vuestros besos á la luna, yo enviaré los míos, para que en ella, muy juntos se acaricien...

No escribo más, porque salgo tarde



del teatro y he de partir en el primer tren de la mañana.

Me duermo pensando en vosotros...

Muchísimos besos de vuestra hija que os adora

Laura.»

Ríen los viejos mostrando en sus rostros la alegría, y derraman jubilosos lagrimones al comentar la carta.

—*Pepet*, de modo que pronto la tendremos aquí. ¡Ay que dicha más grande!—Y la anciana besa con pasión los renglones.

—Sí, mujer, sí. Trae, trae que yo también la lea.—Contesta el viejo, arrebatando la carta de los labios de la *payesa*.

Después se abrazan con loco regocijo.

En el jardín todo dice paz, van callando los chilladores gorriones en los álamos, refrescan el ambiente las undisonas cascadas, las flores explotan en aromas, y anochece.

Una luna hermosa, áurea como inmensa patena, surge en el horizonte y parece que felicita á la dichosa pareja...

Los viejos idólatras de su hija, man-

dan al astro sendos besos, y entran en la quinta.

## II

Vibrantes carcajadas de hembra joven—notas de oro—brotaban de una pequeña glorieta circuida por copudas acacias; y de las risas melodiosas las tonalidades se extinguían en la fronda, como blando son de trovadoresco laud, en el alma romántica de una castellana, como de carroza eucarística ténue campanilleo, que se apagase en un palió recamado y joyante; como débil eco de música celeste, que muriese en la enferma imaginación de un místico extasiado...

Las joviales carcajadas sucedíanse cada vez más sonoras, más alegres.

¿Quién reía de tal modo?

Pendiente de la robusta rama de una acacia, veíase un columpio, que con acelerado vaivén mecía á una mujer, era la diva; al lado de ella, é imprimiendo á su cintura suaves impulsos, iba y venía jadeante, un arrapiezo como de unos quince años, y algo distanciados, en una marquesina, la señora

*Marieta* y el señor *Pepet* contemplaban el grupo sonrientes.

Era la genial cantante, de rostro trigueño; sus correctas y delicadas facciones recordaban las beldades circasianas; sus ojos—reverberos de luz cenital—tenían suavidades de caricia, cuando miraba, y eran denunciadores de su alma de artista; en sus mejillas resaltaban dos graciosos hoyuelos, picarescos si sonreía, divinos escondrijos de seducciones si hablaba, y su boca—rojo alhelí en floración—decía bondades siempre.

Al ir y venir del columpio, ondeaba su negra y abundosa cabellera, como córvidas y flotantes alas.

Un traje blanco, vaporoso, salpicado de florecillas azules, aprisionaba las curvas venustas de su cuerpo; un sombrero alitenso cubría su cabeza, y unos zapatos de dril, servían de estuches á sus pies incitantes y breves.

El arrapiezo era el jardinero del *chalet*. Pecosito de rostro, tenía unos ojos grandes, claros, maliciosos, que expresaban precocidad; crecía en su cabeza una pelambre del color de la mazorca, y por toda indumentaria, llevaba una camisa limpia y blanca, un pantalón su-

jeto por un solo tirante, y unas alpargatas de lona.

El columpio seguía oscilando, y la *diva* reía y gritaba como una locuela é incitaba á *Toni*—que así se llamaba el pequeño jardinero—á que diera mayores balances al columpio; después, cansada, descendía de él, y sentándose sobre la mullida alfombra de césped conversaba amigablemente con el muchacho, que la contemplaba dichoso...

Descansaron largo rato, y luego despidiéndose de los ancianos, se dirigieron á la quinta.

Aquella tarde á instancias del pequeño *Toni*, que aunque jardinero también era artista, y gustaba oír cantar romanzas, subieron á la torre, en donde Laura tenía su estudio.

Era éste una pieza encantadora. Sus muros estaban adornados con magníficos tapices, en los cuales resaltaban azulejos de artísticos alizares, cornucopias, páteras antiguas, rancios cobs, óleos y acuarelas, y casi cubriendo estos objetos de arte, muchas triunfales coronas. Allí, veíase un anaglífico bargueño ornado con columnillas aticurgas, que servía de escritorio á la cantante; enfrente, un tríptico de laca

con incrustaciones de ébano y marfil, sostenía un busto del inmortal *Gayarre*; en un ángulo del estudio, destacábase el piano, y sobre él, en su centro, alzábase la escultura de la *Patti*, rodeada de odorantes balsameritas de *Sevres*, de figurillas de *biscuit* de raras chucherías y de retratos de artistas; en el ángulo opuesto, endoselado con sedeños cortinones de áureas flocaduras, un ancho ventanal dejaba al descubierto la pintoresca marina; y del techo, en el cual había una valiosa pintura alegórica de la Música, pendía un aparato de luz eléctrica en forma de lira esmerilada.

Aquella tarde, el pequeño *Toni* suplicó á Laura que cantase, y la artista cantó.

El mar en calma semejaba un inmenso lago, el sol se hundía en él; con arreboles de incendio, y por el abierto ventanal penetraban fuertes y saludables emanaciones de marisco.

La *diva* se sentó al piano, y sus manecitas blancas y aristocráticas recorrieron veloces el teclado, arrancándole vuelos sonoros de musicales aves: escalas y arpeggios...

Después su garganta—ostial de ca-

dencias—emitió las notas, dulces, insinuantes, claras, como desgranamiento de perlados trinos...

Laura cantó una melodía íntima, honda, y *Toni* que la escuchaba, extremeclase al oír su voz, ora delicada, suave—hilillo de oro—cuando filaba una nota; ora potente, vigorosa—chorro de plata—cuando la abría; fermatas armoniosas, que hacían vibrar su ser con sacudidas de dicha; mimosas inflexiones en la media voz, que arrobaban su espíritu; finales notas agudas, cuyas tonalidades se extinguían en su alma, como débil eco de música celeste, que muriese en la enferma imaginación de un místico extasiado; como de carroza eucarística tenue campanilleo, que se apagase en un palio recamado y joyante.....

La puerta del estudio se abrió, y una doncella sonriendo maliciosamente, entregó una carta á la *diva*. Mientras tanto *Toni*, apoyado de pechos sobre el alfeizar del ventanal, ocultó una lágrima.....

## III

Pasó bastante tiempo. Todos los veranos llegaban á aquellas playas forasteros y *turistas* procedentes de la ciudad Condal, que visitaban el *hotel*, porque sabían que la famosa cantante habíale convertido en artístico museo.

El señor *Pepet* y la señora *Marieta*, enseñaban con orgullo todas las dependencias del lujosísimo *chalet*, y los veraneantes admiraban la galería de retratos, y el estudio de la *diva*, y la fluida torre, desde donde se distinguía una inmensa extensión de mar, y una inmensa extensión de campo: complementos de un soberbio panorama, y después, cuando salían los forasteros, cuando les habían despedido en la puerta del jardín, los bondadosos viejos retornaban á la quinta, entraban en un cuartito humilde y apartado, y allí, endulzaban sus penas, escuchando á un fonógrafo, que reproducía la *particella* favorita de la hija muerta.....

## III

L'ad hasta tiempo. Todos los ve-  
 rano habian a aquellas partes los  
 toros y vacas por donde de la ciu-  
 dad Comal, que pisanan el agua,  
 porque habian que la misma cantidad  
 habian convertido en agua dulce.  
 El agua de la ciudad de Comal,  
 no estaba en el momento de la depen-  
 dencia del Imperio, y los ve-  
 ranos habian la parte de re-  
 tención y el estudio de la tierra y la  
 tierra por de los de los de los de los  
 una gran extensión de agua, y una  
 gran extensión de campo, conple-  
 tamente de un campo, y una gran  
 extensión, cuando están los campos  
 cuando los habian despedido en la  
 parte del jardín, los sembrados de  
 los sembrados de la ciudad, estaban en  
 un campo grande y grande, y allí,  
 sembrados sus campos, sembrados a  
 un estudio, por donde la parte  
 de la parte de la tierra, y



✦ BIBLIOTECA HISPANIA ✦

∴ IRIS ∴

## FRANCISSONA

---

(CUENTO CORTO)

A Paco de Cossío

Era un invierno, un invierno hosco. En los ventisqueros de las breñosas montañas, en las abras y en las simas, blanqueaba la nieve. El campo permanecía triste y mudo envuelto en las negruras de la noche, y en la amable aldea asturiana no se oía más que el hipar de los jateos, que en las empalizadas de los corrales barruntaban la zorruna hazaña, y el penetrante ladrido de algún leal mastín guardián de los rebaños.

El cierzo rugía y una llovizna insis-



tente chapoteaba en las desiertas calles.

Aquella noche en la clásica cocina, bajo campanuda y hollinienta chimenea, de la cual pendían los ahumados *llares*, en redor de la fogata sostenida por los morillos, y sentados en los vetustos escaños, congregábanse mozas y mozos. Ellas, hilaban haciendo girar el huso velozmente, retorciendo con las yemas de sus dedos las tenues hebras del finísimo torzal, estirando los albos tusones que se hispían y se esponjaban bajo las caperuzas de las ruecas; ellos, requebrando á las hilanderas, y narrando cuentos picarescos é ingeniosos; pero no, ninguno contaba leyendas y consejas como la señora Javiera, la dueña del hilandero, persona asaz talentuda y novelera.

Era la señora Javiera, una vieja tosegosa; de joven fué alta, espigada, pero ahora el peso de sus ochenta y cinco años hacíanle aparecer de mediana estatura; tenía unos ojos de indefinible color, medio glaucos, medio azules, pequeños y escrutadores que se revolvían con vivacidad; poseía un rostro con tantas arrugas, que más que rostro era una carta hidrográfica; sobre su la-

bio inferior, reseco y cárdeno, salían dos colmillos lobunos, y su nariz y su barba tan puntiagudas la una como la otra hacíanse caricias, motivo por el cual, las malas lenguas, llamábanla la *tía Cascanueces*.

Por lo demás la señora Javiera, era una buena vieja.

En las crudas noches de ventisca, reuníanse en el abrigo de la confortable cocina, y en ella cortejábanse los novios, recordaban los viejos sus tiempos moceriles, las mozas cantaban alegres tonadas de la tierra al son de los panderos y todos referían divertidas narraciones.

Terminaba un mozo de contar un suceso, que tenía más de cuento que de historia, y en el hilandero sonaron carcajadas celebrándolo, francas risas, que por breves instantes apagaron el ronco zumbido del huracán, que en la chimenea retumbaba con voz de apagado trueno.

Luego gritaron varias mozas:--*Cuéntenus un cuento Xavierina.*

—*¡Mal año pa lus cuertos! Non me dexais gurgutar.*—Rezongó la vieja.

—*Sí, sí, agüela, unu.*—Insistieron los mozos.

—*El mío cuentu non tien gracia, podíes eriello, peru lo contaré.*

Y la señora Javiera echó un brazado de chamarasca en la lumbre, apoyó su frente en ambas manos y quedóse en actitud meditativa. Después tosiendo varias veces, comenzó:

## I

—*«Ye un sucedidu. Franciscona, vera una moce con unos güeyus grandes y unos llavinos frescus, más forte q'una encina, más guapa q'un amanecer y más bona que el pan de boroña. Nacego con el cuerpo bien formadu, con unos brazos de fierru, y sos pantorrillas ximielgábanse á las d'un home, así yeran de membrudes.*

*La moce ñunca y tenía miedu á delgunu pa xugar al palu y á la barra, por esu la llamaban Franciscona.*

*Y fó que como la rapaciña vera gayaspera y guapa, y tenía aquellos güeyos y aquel talle de verdasca d'ablanu, el fiu del posaderu que había n'aldeina, sentigo unos coraes n'el so pechu y non dexaba en paz á la*

*rapaza, la galantiaba, fasta que quiciâes ella mesma, le dixoi que non le quería.*

*Manuel, seguía terco, y la falaba todas las tardes cuando volvía de la fonte, peru ella, tiesa como un forcadu, siempre le miraba fosquera y non le facía caso.*

*Dimpués fô la romería n'el pueblu y vino un gaiteru que tocaba esfozas y giraldillas como naide.*

*Yera un mozu trebellador, bono; y manque fora pequeñacu, tenía una cara guapina, y manexaba mu bien el fole, por esu la Franciscona se enamoró del mozucu con toda su ánima; peru entóncenes Manuel, que yera de mu mala raz, xuróle una vengación, y ansí una mañana que saligo Ramonín (q'este yera so nombre) pa la fiesta de Rozas, ataxólu el fiu del posaderu n'el barrancu de las bruxas, y non sé como pasaría, peru ¡ay mialmina! al otru día le encontraron muerto n'el fondo del barrancu, abrazado el probitu á so fole.....*

*N'aldea falaban que se había despeñadu, peru Franciscona lo sabía todú...*

Interrumpió su narración la vieja para avivar el fuego con otro brazado de chamarasca, y volviendo á toser prosiguió:

## II

*Una tarde rugaban los mozos á la barra y volvía Franciscona de la fonte:*

*—¿Quieres tirarla una vez?—Dixoi unu á la moce.*

*Franciscona tomó la barra, arrebalgóse de piernas y la llanció con todas sos fuerzas, peru el fierru desvióse y fó á dar á un rugador que le rompego la frente y le dexó n'el suelo ensangrentadu.*

*¡El muertu yera Manuel! . . . . .*

*N'aldea contaban faladurías, decían que fó sin querer. ¡Mal año! yo creo que fó de intentu.*

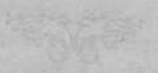
*Y aquí míos rapaces terminó el sucedido.»*

La vieja calló, no sin antes volver á toser varias veces, y los concurrentes ahora no rieron. Después despidiéronse y saliendo del hilandero tomaron el camino de sus casas.

La amable aldea asturiana, se hallaba envuelta en las negruras de la noche, y en aquella hora, no se oía más que el rugir del cierzo, el chapoteo de una llovizna fina é insistente que caía en las desiertas calles, y el hipar de los jateos que en las empalizadas de los corrales barruntaban la zorruna hazaña...



El mundo debe estar en paz y  
la guerra en la actualidad es  
una gran tragedia. En el mundo  
que el agua del mar, el calor de  
una lluvia fina e invisible que cae  
en las ciudades, y el lugar de  
los niños que en las capitales de  
los países, luchando por la  
libertad.



El mundo debe estar en paz y  
la guerra en la actualidad es  
una gran tragedia. En el mundo  
que el agua del mar, el calor de  
una lluvia fina e invisible que cae  
en las ciudades, y el lugar de  
los niños que en las capitales de  
los países, luchando por la  
libertad.





## AYER Y HOY

(CRÓNICA)

Para Abelardo Merino

En un vetusto colegio de Escolapios, pasé los días de mi infancia. Allí me confesé por vez primera, allí, al Padre Justo venerable viejo del convento, dije mis enormes pecados de niño, enormidades que oía el buen fraile, sonriente, regalando mi paladar goloso con alguna que otra almendra acompañada de suave y caricioso cachete.

Han pasado largos años, y á aquel escolapio aun le recuerdo: era un hombre bajo, enjuto de carnes: su rostro se hallaba iluminado por unos ojos ni

grandes ni pequeños, pero sí de un azul muy oscuro, ojos investigadores, conocedores profundos de la vida; á sus labios asomaba una eterna sonrisa, ingenua, cándida, hondamente buena, sonrisa atrayente, que invitaba á querer; y adornando su espaciosa calva sonrosada, daban cierto aire místico á su continente, unos rizosos mechones de cabellos muy blancos.

Su traje era modesto: un trasudado bonete, un desteñido fajín, insignia denunciadora de la Orden, y una corcusida sotana.

Yo le ayudaba cotidianamente á misa y muchas veces cogíome en flagrante delito báquico, beborroteando las agri-dulces vinajeras; y él, siempre bondadoso, reía la hazaña y cuando se excedía llamábame tunante.

Algunos días, los menos, yo le recitaba bien la lección de latín, y entonces lleno de júbilo conducíame á su celda, y en ella me mostraba un reloj de cuco, cuyo pajarillo, según decía el buen padre, le contaba todos mis pecados.

El me enseñaba cosas buenas, cosas sabias, y él, por fin, me dió la primera Comuni3n.

La espaciosa capilla del convento, se hallaba llena de fieles; mi alma de niño gozaba con las místicas y austeras armonías que el órgano desparramaba por las bóvedas, con la profusión de luces y flores que adornaban el altar, y allí, muy cerca del presbiterio, vi arrodillada á mi madre, que me miraba con ansia y que sonreía llena de gozo. Yo comulgué y me creí un bienaventurado. ....

Transcurrió tiempo, y el fraile bondadoso murió. Pasé á confesarme con otro padre y en aquellas confesiones *aprendí muchas cosas que no sabía, cosas, que nunca me enseñaba el fraile muerto.*



Han pasado muchos años. Hoy ya hombre, he salido muy de mañana á darme un paseo, y me he encontrado á un buen amigo, que llevaba á su hijo á tomar la primera comunión. El camarada me ha invitado á que les acompañase hasta la iglesia, y yo lo he hecho con gusto.

Las campanas volteaban clamorosas. Hemos entrado en un oscuro templo gótico, y he experimentado distinta

sensación que cuando era niño; entonces, mi alma se llenaba de alegría, hoy, se ha inundado de una suprema tristeza.

Dos filas de niñas y niños se hallaban enfrente del altar mayor, sus cabezas rubias y negras, refulgían á la luz de una inmensa lámpara, que despedía emanaciones oleonarias. He creído que la música del órgano, que antes conmovía mi espíritu, era ahora música de muerte; he oído mascullar latín, lengua que no entendían los niños; he escuchado cantos tenebrosos; no he visto alegría en el templo, digo sí, la he visto brillar en los ojos de los pequeños comulgantes, alegría que me ha hecho sonreír piadosamente; después han salido varios clérigos de rostros hoscos, seriotos, por fin, he presenciado la Eucaristía, y como el humo del incienso me asfixiaba, he salido de la iglesia creyendo firmemente que Dios había cambiado de altar...

Las campanas seguían volteando.

Un sol de estío, esplendoroso, centelleaba en un cielo intensamente azul un diminuto pueblecillo blanqueaba á lo lejos, y detrás de él, una colina pequeña y añilosa se recortaba en el ho-

rizonte. La roja chimenea de una fábrica, despedía densos jirones de humo, de humo negro como las penas del trabajo; en una mies dorada, una cuadrilla de segadores daba al aire canciones de alegría, y en el campo fecundo, y en la policromía del paisaje, y en los chaparrones de luz que caían de la altura, he afirmado mi fe, no aquella de niño, sino otra, la que hace pensar al hombre en el Dios Grande,.....

.....  
La sirena de la fábrica ha rugido con penetrante furia, apagando el clamor de las campanas...





# INDICE

---

|                           | <u>Págs.</u> |
|---------------------------|--------------|
| Breve Prólogo.....        | 3            |
| La Giraldilla.....        | 7            |
| La Torre de la Masía..... | 17           |
| Carnavalina.....          | 23           |
| El Pañuelo de seda.....   | 31           |
| La Diva.....              | 41           |
| Franciscona.....          | 55           |
| Ayer y hoy.....           | 63           |







# Biblioteca Hispania



OBRAS PUBLICADAS:

IRIS, por Z. Ilera Medina.

EN PRENSA:

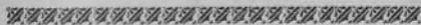
INQUIETUDES, por Pedro Murlane Michelena.

SENSACIONES, por A. Torre Ruiz.

BOCETOS, por Miguel de San Román.

LA CASA DE LOS LINAJES, por Francisco de Cosío.

EL MENTIDERO, por Vicente Marín Garrido.



Z. ILERA MEDINA

AMAPOLAS

PROLOGO DE D. EMILIO FERRARI

aparecerá en breve

## ERRATAS

Página 49—línea 17—dice: *córvidas*;  
léase *corvideas*.